

La democracia en cuestión

Los jóvenes y sus percepciones sobre corrupción en perspectiva comparada

Isabel Antonieta Morayta y José María Casco

DOI: 10.54871/ca24dd9e

El problema

A partir de la década de los noventa la corrupción se ha convertido en un problema público que irrumpe en todo el globo con tratamientos disímiles tanto en el ámbito nacional como internacional. En términos generales, se identifica como condición fundamental para la aparición en la agenda global de esta cuestión el fin de la Guerra Fría a partir de la caída de la URSS en 1991.

En este sentido, algunos autores sostienen que aparece un nuevo escenario de mayor “libertad de prensa” que habilita la visibilización del fenómeno (Tanzi, 1998) o que la combinación de diversos factores geopolíticos crea un clima favorable para el desarrollo de campañas anticorrupción (Hotchkiss, 1998), en un contexto en el que el crecimiento explosivo del flujo comercial global multiplica las posibilidades de desarrollar comportamientos corruptos.

Para otros analistas, en cambio, los dispositivos que producen y promueven la noción de corrupción se configuran como uno de los mecanismos más poderosos para desplegar el neoliberalismo en

los países de Europa oriental, donde la lucha contra la corrupción es la herramienta por excelencia para justificar la implementación de la denominada “terapia de *shock*”, al tiempo que la propia corrupción es utilizada para explicar sus fracasos (Swain et al., 2010) en términos económicos y, fundamentalmente, sociales. De esta forma, se configura una “trampa epistemológica”, similar a la que se da en países como Argentina, donde a partir de 1990 y con el cambio de gobierno, la reforma del Estado venía a transparentar, abrir y desregular los mercados para dismantelar estructuras institucionales corruptas e impulsar el desarrollo, pero donde la propia corrupción que pretende erradicar se constituye en una de las causas de su fracaso.

Así, con el paso de los años, asistimos al despliegue de una verdadera “cruzada anticorrupción” (Alzola, 2004) omnipresente en la vida pública, en los medios de comunicación, en la política, en las discusiones cotidianas, de la que el campo académico no solo no es ajeno, sino que contribuye de manera significativa a la construcción de una plataforma discursiva que trasciende fronteras y culturas. Hay quienes denominan a esta corriente “movimiento global anticorrupción” (Rose-Sender y Goodwin, 2010), “paradigma de la corrupción” (Ledeneva, 2013), “industria anticorrupción” (De Maria, 2008; Sampson, 2010), “consenso anticorrupción” (Bukovansky, 2006) y “anticorruptismo” (Sampson, 2010 y Zaloznaya, 2013). Pero, como sostiene Sampson (2010), la noción de anticorrupción no es simplemente una idea, sino un conjunto de recursos (en el que se despliegan conocimientos, actores, recursos económicos y simbólicos) que operan en forma de legislación, regulaciones, indicadores, ONG y eventos.

El primer gran triunfo de esta configuración y “avanzada contra la corrupción” es el de la prevalencia de los análisis económicos y en menor medida los politológicos y los jurídicos, por sobre los sociológicos y antropológicos. Así, estas definiciones ampliamente difundidas definen qué es la corrupción y, en consecuencia, cómo se la combate. Este proceso se da montado en el avance de

los paradigmas económicos más precisamente neoliberales que se expanden y difunden de manera inusitada por todo el globo.

La segunda gran victoria se vincula con la obsesión por medir la corrupción, ya sea para comparar sociedades y establecer que unas son más corruptas que otras (por lo tanto, menos éticas) o para cuantificar y poner en cifras cuántos millones de alguna moneda (generalmente dólares) o porcentajes de PBI se desvían de las transacciones comerciales legales. Aquí ocupan un papel preponderante las organizaciones internacionales que proveen un arsenal de instrumentos para realizar análisis “empíricos” que pocos trabajos omiten. El ejemplo más habitual es el índice de percepción de la corrupción (IPC) de Transparencia Internacional (TI). Con esto no pretendemos evaluar las limitaciones metodológicas de tales mediciones, analizadas por varios autores (Galtung, 2006; Knack, 2006; Heywood, 2015; Ledeneva, 2006), pero sí señalar que en relación con países como los nuestros (Argentina y Rusia) estos índices funcionan como formas de infiltración que sirven a los intereses económicos occidentales, como señala De Maria (2008) a propósito de África, aunque por esa vía se infiltran también intereses políticos e ideológicos.

En este sentido, para el autor mencionado, el consenso en torno a la idea de que la corrupción impide el desarrollo económico ejerce un fuerte control sobre las decisiones de ayuda internacional y explica los miles de millones de dólares que se destinan al continente africano para combatirla, en misiones masivas que modelan la administración pública:

El resultado es un movimiento o “industria” anticorrupción de rápido crecimiento, desvinculado de la realidad de la calle, que se extiende bajo la estrecha supervisión occidental por toda África. Los dólares de los donantes que llegan van acompañados de una definición muy estrecha y occidental de “corrupción”, que a su vez pivotea sobre métodos igualmente estrechos para medirla (De Maria, 2008, p. 184).

En otras palabras, estos indicadores construyen sentido y clasifican los países en esquemas binarios (mejores y peores, morales e inmorales, confiables y no confiables, ordenados y desordenados), establecen escenarios a los que se debe llegar en un esquema evolutivo y deshistorizado, y delimita qué sociedades –y cuáles no– deben ser tuteladas en ese camino.

El tercer éxito que es en cierta forma complementario del anterior, se asocia con la realización de diagnósticos para establecer qué es lo que hay que hacer, cuál es la receta para terminar con el “flagelo” y, consecuentemente, con el subdesarrollo, la pobreza, la ineficacia estatal, el autoritarismo, entre otros problemas, cuya causa principal pareciera no ser otra que la corrupción.¹ En este sentido, un aspecto crucial del movimiento es la creación de programas anticorrupción, principalmente, centrados en el sector público y el análisis de su eficacia. En esta categoría, se encuentran, en general, los “clásicos” académicos en la temática, así como otros de los tantos textos que circulan (Becker y Stigler, 1974; Shleifer y Vishny, 1993; Ades y Di Tella, 1997; Gray y Kaufman, 1998; Tanzi, 1998; Rose-Ackerman y Palifka, 2016; Rotberg, 2019) y, por supuesto, las organizaciones internacionales (Banco Mundial, 19 de febrero de 2020; TI, 2017; Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico [OECD], 22 de mayo de 2019, por poner solo algunos ejemplos entre tantos otros). Así como la corrupción se ubica en el centro de la gran mayoría de los problemas sociales, para solucionarla también se apela, en el mejor de los casos, a un conjunto de

¹ Por ejemplo, entre los que centran los problemas en la corrupción política, se encuentran afirmaciones de este tipo: “No obstante, la principal consecuencia de la corrupción es la degradación de la confianza pública, el desencanto de la sociedad frente a sus autoridades e instituciones, la adopción de valores fundados en el oportunismo, impunidad, y violación a la norma, así como el aumento de la desigualdad social. Sin dejar de lado que la corrupción política favorece el desarrollo de otros fenómenos tales como el florecimiento del crimen organizado, la intimidación, el sometimiento de los sectores más vulnerables de la sociedad a conductas caprichosas, la arbitrariedad sobre las poblaciones más desfavorecidas, violación de los derechos humanos, el auge de la tortura, el tráfico de órganos, la prostitución infantil, el turismo sexual, esclavismo doméstico y la degradación de la dignidad humana” (Nieto, 2017, p. 82).

aspiraciones universales como instituciones fuertes, políticas fiscales tributarias transparentes, reducir la desigualdad, aumentar los niveles de educación, concientización civil en materia de derechos humanos y civiles (Nieto, 2017, p. 82).

Así, podríamos señalar brevemente los principales postulados de la corriente anticorrupción global de la siguiente manera.

Qué es la corrupción, cómo se la explica, quiénes la practican y de dónde surge

La corrupción es el abuso de poder para beneficio propio (TI, 2014) o es el abuso de un cargo público para obtener beneficios privados (Tanzi, 1998; Kaufman, 1997; Rose-Ackerman, 1975; Banco Mundial, 19 de febrero de 2020). Para esta mirada, la corrupción tiene lugar en organizaciones estructuradas bajo la forma racional-legal weberiana, donde la división entre lo público y lo privado se encuentra claramente delimitada. De esta forma, los análisis terminan por caer en un círculo (vicioso) en el que la corrupción, entendida como una anomalía o desviación de los principios liberal-occidentales, es alta en los países que no presentan las propiedades liberal-occidentales (Zaloznaya, 2013).

Para nuestros casos es menester decir que ni Rusia ni Argentina se ajustan a dichos patrones, ya sea por diferencias culturales, económicas o jurídico políticas y, entonces, explicar la corrupción sobre estos modelos reproduce la idea de que nuestras sociedades deberían ser diferentes de lo que son. De este modo, estamos frente a un modelo teórico normativo y prescriptivo sobre el cual se asientan los juicios que emanan de las investigaciones.

Para Rose-Ackerman y Palifka, “la corrupción es una acción racional (en un contexto de incentivos determinado) orientada a la búsqueda de beneficios materiales. Ser corrupto es más racional

que no serlo”² (2016, p. 22). Estas autoras, cuyas definiciones calan hondo en los análisis de la corrupción, dan por sentado que la búsqueda del beneficio y el interés como motivador de la acción son transversales a todas las sociedades y culturas:

Comenzamos con un hecho básico de la motivación humana. Existen diferencias culturales y de valores básicos en todo el mundo, pero hay un rasgo humano que es a la vez universal y fundamental para explicar las experiencias divergentes de los distintos países. Ese rasgo motivador es el interés propio. Los críticos lo llaman codicia. Los economistas lo llaman maximización de la utilidad (Rose-Ackerman y Palifka, 2016, p. 26).

Sin embargo, esta premisa desconoce supuestos sociológicos fundamentales. En efecto, para Bourdieu (2007) ubicar el origen de todos actos en la voluntad de obtener el máximo de beneficios al menor costo posible supone una concepción limitada de la racionalidad de las prácticas porque las relaciona única y exclusivamente con los intereses económicos considerados como fines conscientemente establecidos. En este sentido, no se trata de dar por supuestas las motivaciones de los agentes en sus conductas corruptas, sino de explicarlas.

“La corrupción fomenta gobiernos autoritarios, pero también la inestabilidad política”. Esta afirmación esbozada por muchos analistas en la materia sostiene que la corrupción es un factor que influye fuertemente en la inestabilidad política, el subdesarrollo económico y la ineficiencia administrativa (Tanzi y Davoodi, 1998; Mauro, 1994 y 2005; Ko y Samajdar, 2010; Dimant y Schulte, 2013). Pero al mismo tiempo, como coarta la libertad de negocios, favorece la consolidación de regímenes autoritarios (Nieto, 2017). Sin embargo, para dar un ejemplo de que estamos ante una mirada normativa, y por eso mismo sesgada, podemos ver el caso de Singapur, país que desde hace varios años se encuentra entre los cinco menos

² Traducción del inglés original por parte de los autores.

corruptos según los índices internacionales y suele presentarse como caso exitoso en la erradicación de la corrupción. Este alcanzó su éxito en materia de erradicación de la corrupción mediante políticas altamente represivas y autoritarias (Zaloznaya, 2013).

Los análisis comparados de la corrupción, en general, presentan estas limitaciones. En efecto, mayormente, parten de los mismos presupuestos en los que la corrupción es lo que la mirada hegemónica dice que es, utilizan metodologías similares como los índices de organizaciones internacionales (Zaloznaya, 2013) y, por supuesto, llegan a las mismas conclusiones desde hace treinta años: la corrupción está en la base de todas las problemáticas sociales de nuestro tiempo.

Corrupción y democracia. Una mirada “desde abajo”

Una vez esbozado de un modo general el panorama global acerca de la corrupción como idea, problema y política global, nos abocamos ahora a los resultados de un estudio empírico acerca de la problemática. En ese sentido, en lo que sigue no pretendemos esbozar una definición de corrupción que confronte con los paradigmas que hemos mencionado o brinde una definición nueva, sino, más bien, queremos indagar en las ideas y representaciones acerca de la corrupción “desde abajo” esto es, en cómo la definen los jóvenes, cómo se la representan, qué es la corrupción según su mirada y quiénes la practican.

Para ello asumimos un abordaje sociológico en el que las motivaciones para actuar no se establecen *a priori*, sino que se analizan las representaciones que nuestros entrevistados establecen como las causas, motivaciones, etc.

En tercer lugar, exploramos las percepciones que tienen jóvenes de países que habitualmente no se comparan, en este caso de Rusia y Argentina, para conocer marcos de referencia y culturales

diferentes, tratando de hacer un aporte al estudio sobre corrupción y sobre su relación con la democracia.

El material empírico con el que se construyó el estudio se compone de quince entrevistas a argentinxs jóvenes de entre 20 y 34 años, que viven en la zona metropolitana de Buenos Aires y que asisten o asistieron a universidades públicas de la zona. Mientras que en la muestra con personas de origen ruso contamos con once entrevistas y dos *focus groups* con jóvenes en el mismo rango etario, que viven en San Petersburgo, la segunda ciudad del país, y estudian o estudiaron en universidades estatales.

Los jóvenes y la corrupción en clave comparada

Si bien para los entrevistados argentinos resulta difícil conceptualizar la corrupción, a lo largo de las conversaciones la definen como una relación donde aparecen tres elementos: el poder, el beneficio y el perjuicio a otro.

En efecto, para que una acción determinada pueda calificarse de corrupta, tiene que haber una vinculación asimétrica de poder. Por lo tanto, no es algo que pueda hacer cualquiera. Además, ese poder se asocia con una función, con la capacidad de hacer algo o con un rol social. Así, un entrevistado señala que las funciones otorgan un

privilegio, en el sentido de que yo no puedo, hoy en día yo no puedo ser corrupto porque no tengo un puesto o no tengo la posibilidad, es un privilegio en ese sentido, en el sentido de que lo pueden usar para ser corruptos (Ramón).³

Pero, además, para que esa acción enmarcada en una relación asimétrica de poder sea corrupta tiene que resultar en algún tipo de beneficio, preferentemente, material. Así, la corrupción: “Es sacar provecho... Digamos, sacar provecho ilegítimamente de una

³ Los nombres de los entrevistados han sido cambiados para garantizar su anonimato.

relación de poder... Es decir, tener la posibilidad de hacer algo que no es correcto para sacar un beneficio propio y además, aun sabiendo que es incorrecto, hacerlo" (Luis). En esta línea también señalan: "siempre es en busca de un beneficio, no es que lo hace por hacer" (Rosa).

No obstante, la conjugación de poder y provecho no son suficientes: es necesario que la acción suponga el perjuicio a un tercero, definido en términos de "la persona que está abajo" (Cecilia), "la mayoría" (Amalia), "ciertas personas o sectores" (Santiago), "el interés general" (Andrés), "el resto" (Ramón), "nosotros, los ciudadanos" (Rosa). El perjudicado visible, invisible, individual o colectivo.

Pero también muchxs de lxs entrevistadxs sostienen que la corrupción o, mejor dicho, las acusaciones de corrupción en los ámbitos mediáticos, más que en los judiciales, son una herramienta política que se utiliza para afectar a los adversarios políticos e ideológicos en el juego democrático: "no podría, en principio, salirme mucho de esta coyuntura... y diría que es un arma de persecución" (Ernesto). En este sentido, en la definición también están implicados los tres elementos mencionados y el rédito político que esa acusación conlleva. En esa dirección, además, la corrupción aparece como una forma de (des)calificar a otro que no requiere mayores fundamentaciones:

Me parece que hoy en día en la Argentina la palabra corrupción se usa para todo, se usa para cualquiera... Es como una manera de bajar a alguien políticamente y decir "este es un corrupto", listo, ya está... Lo que hizo o todo lo que hace esa persona no me interesa porque es un corrupto (Elvira).

Dialogando con los entrevistados sobre cuáles podrían ser los supuestos en el ordenamiento social que hacen posible la corrupción, varios de ellos señalan al sistema socio-económico. El capitalismo estimula el deseo de riqueza, pero al mismo tiempo restringe las oportunidades de alcanzarla. Consecuentemente, los individuos recurren a diversos mecanismos para satisfacer sus deseos y

necesidades; entre ellos, las acciones que son corruptas: “Yo creo que desde el momento que vos tenés un sistema económico o político que reproduce desigualdades y que no brinda oportunidades por igual... la gente siempre trata de rascar algo más” (Malvina). En esa dirección, otro entrevistado destaca que “en una sociedad igual e igualitaria [...] no creo que habría necesidad de corromperse” (Lionel). Por otro lado, el capitalismo alienta el egoísmo sin preocuparse por el bienestar colectivo:

La corrupción está... está más que nada en esta sociedad que es... no sé... capitalista... que nos insiste en que nosotros pensemos en nosotros mismos... y en nuestro bienestar y... a lo sumo el de las personas que nos interesan, pero no en el bienestar en general de la sociedad... Eso mismo se puede ver en todos lados y no solamente con los políticos, también como decía antes en la sociedad misma [...] que incita al egoísmo, por así decirlo (Amalia).

La desigualdad económica y la injusticia social conectan con la corrupción en el sistema capitalista:

Obviamente siempre va a haber diferencias y está bien, pero no se puede dar esta situación en la cual estamos hoy [...] Entonces, hasta que no generemos algo más equitativo... es muy difícil para ese tipo que trabaja y se toma cinco colectivos evitar la corrupción... Y a su vez, la otra persona que tiene todo y no hace nada es la más corrupta... O sea, es lo más probable que tenga todos los beneficios que tiene por haberse corrompido (Eduardo).

Para otro entrevistado, también existe un fuerte lazo entre riqueza y corrupción: “El pobre no puede ser corrupto... no tiene posibilidades... no tiene manejo, no tiene bienes, el pobre, ¿por qué motivo podría ser corrupto?” (Aníbal).

En este sentido, para algunos entrevistados hay corrupciones que se originan en la necesidad (Aída, Malvina, Cecilia) y, por lo tanto, debe analizarse cada caso particular (Aída), es decir, quién comete el acto de corrupción, por qué lo hace y en qué contexto.

Los jóvenes y la corrupción en Rusia

En el caso de Rusia, pareciera que a los jóvenes les resulta menos difícil definir la corrupción, probablemente, porque a diferencia de Argentina, la legislación tipifica el delito mediante la Ley Federal de Lucha contra la Corrupción 273/2008 y las actividades concretas que lo componen. De todas formas, si bien las definiciones no son homogéneas, encontramos algunos elementos comunes, que nos permiten establecer cuatro categorías de acuerdo al aspecto que enfatizan. Primero, se define la corrupción como la utilización de una posición o el poder para obtener beneficios personales materiales, ya sea dinero o bienes. Por ejemplo, en palabras de un entrevistado, la corrupción “es cuando la persona usa su posición, su trabajo para obtener dinero o... cosas que no le pertenecen a esa persona..., pero sobre todo usa su posición en el trabajo... tiene que tener algún puesto con poder” (Lidia). Asimismo, un participante expresa: “Para mí, es cuando... por ejemplo, alguien tiene poder y lo usa para obtener beneficios... usa su posición solo para él, es decir, usa su posición en el trabajo para obtener beneficios personales” (Antón). Siguiendo esta línea, se restringe la corrupción al ámbito de los altos cargos, tanto públicos como privados:

Yo, en general, uso esta palabra cuando quiero hablar del incumplimiento o abuso de la autoridad por parte de alguien con un alto cargo... ¿Cómo decirlo? Es decir, cuando hacen más de lo que tienen permitido y por fuera de la ley para conseguir algunos beneficios propios (Catalina).

Y más adelante especifica: “Pasa en las empresas privadas... Es posible que sea algo que se estableció históricamente en ellas, como cuando llega una persona nueva al trabajo, la presentan y le dicen que así son las cosas. No está bien, pero es así” (Catalina).

Ciertas conceptualizaciones hacen hincapié, también, en el acto de intercambio de dinero o bienes materiales: “Por lo que sé, la corrupción es el fenómeno por el cual se ignoran leyes... Bueno,

sí pueden ignorar la ley y hacer algo indebido a cambio de dinero” (Iliá). Para otro entrevistado la corrupción “es el proceso de traspasar dinero de una persona a otra... dinero o algo material para que la persona tenga su ganancia, beneficio de la situación” (Natalia). Siguiendo en esta línea se afirma: “Diría que es el proceso, supongo, de aceptación o entrega injusta de algo, por ejemplo, dinero u otros equivalentes [...] Injusta no, ilegal” (Alisa).

Otras focalizan en la violación de acuerdos o contratos previamente establecidos:

Es cuando al saltarse los acuerdos generales, se forman otros nuevos, pero con fines egoístas... Es decir, con la intervención de dinero o regalos, se pasan por alto los intereses de la sociedad por el interés de dos o tres personas (Nicolás).

Para León es

la violación de un acuerdo, probablemente, se hacen las cosas del modo A, pero la persona no quiere hacerlas del modo A y usa soluciones que a menudo son ilegales para hacer lo que quiere de la manera B; eso es corrupción, es la violación del camino normal para alcanzar objetivos.

Por último, ponen el énfasis en el objetivo de la acción corrupta como forma de resolver problemas: “La corrupción es la promoción de los propios intereses, intereses egoístas, usando el dinero propio, la influencia sobre alguna autoridad para... bueno... para resolver problemas propios, eso es todo” (Iván). En este sentido, se define que lo corrupto

es una forma de resolver problemas, es una forma más... como más directa o indirecta... No sé... Pero, más rápida y más fácil para resolver problemas... problemas grandes... para resolver algo que pueda dañar tu futuro o el de otro... Es una manera de... de mejorar tu vida... mejorar tu futuro o el futuro de tus hijos (Olga).

Estas definiciones enfatizan distintos aspectos de la corrupción: las condiciones que permiten realizar actos corruptos (poder, posición, trabajo), el recurso o medio de intercambio necesario (de dinero o bienes), la violación de las normas y la finalidad (resolver problemas).

Ninguna caracterización de los entrevistados rusos o de los participantes en los *focus* menciona el perjuicio a un tercero como un elemento constitutivo de la corrupción, al tiempo que en el caso argentino es lo que permite calificar una acción corrupta como tal. Entre los entrevistados rusos el énfasis se encuentra en el beneficio propio, la mediación de un objeto material y la ruptura legal. Así, realizar un intercambio para obtener beneficios violando la normativa supone corrupción.

Los entrevistados rusos coinciden en que no todas las corrupciones son iguales: hay pequeñas y grandes (Alisa); la que está justificada, por ejemplo, en un caso de salud (Nicolás); la que se deriva de una necesidad o es simplemente aprovechamiento (Olga). En este sentido, aparece la idea recurrente de que es necesario identificar las circunstancias y las motivaciones para saber si un acto es o no corrupto: “Es difícil dar una definición exacta de corrupción, depende del caso” (Alisa).

La tendencia a corromperse, por su parte, está ligada a la naturaleza del hombre (Lidia), al carácter de las personas o la falta de educación (Iván), a la tentación y la carencia de autocontrol (Antón). Aunque también se mencionan la ausencia de control externo (Iliá) o de oportunidades (Alisa) y las condiciones históricas o costumbres sociales (Catalina). En este último caso, la entrega de regalos a profesionales aparece en casi todas las entrevistas y en los dos *focus groups*. Si bien se reconoce que se trata de una costumbre muy arraigada en la sociedad rusa, para algunos podría tratarse de una práctica corrupta. Entienden que depende de la situación y de las intenciones de la persona que regala (si lo hace esperando algo a cambio), pero en el ámbito de la universidad que les es más cercano y cotidiano, no dudan en llamarla corrupción, mientras que en el

ámbito de la salud es un gesto de educación y una forma de agradecimiento, incluso mencionan que es una práctica muy común en sus madres y abuelas (Antón, Natalia, *focus group* 1, 2).

A modo de resumen, para los rusos, a la hora de definir la corrupción se destacan elementos como el uso del poder, la búsqueda de beneficio y el intercambio de bienes materiales. Analíticamente se subrayan tres aspectos: la corrupción es una forma de resolver problemas, no siempre es negativa y en ciertos casos está justificada.

Las imágenes de la corrupción y la democracia

Si bien en reiteradas oportunidades los entrevistados argentinos afirman que la corrupción se encuentra en todos los ámbitos de la vida social, desde las empresas hasta el fútbol, pasando por los medios de comunicación y la Iglesia, a la hora de describir la imagen que representa la corrupción aluden, por un lado, a las principales instituciones políticas del sistema democrático, como el Congreso (Malvina), los presidentes (Ramón, Rosa, Aníbal), las instituciones fundamentales del Estado de derecho, como el Poder Judicial o la “Justicia” (Eduardo) y las organizaciones portadoras del monopolio legítimo del uso de la violencia, es decir, las fuerzas de seguridad (concretamente, la policía) (Cecilia, Lionel, Santiago, Luis). Por ejemplo, “vos me decís corrupción y bueno se me viene a la cabeza Alberto (Fernández) por ser el presidente [...] Si me preguntabas hace tres años, probablemente hubiese sido Macri (expresidente) el que se me venía a la cabeza” (Aníbal). O a los medios de comunicación (Elvira).

Entre las descripciones de nuestros entrevistados, la corrupción también se representa con imágenes de dinero (Eugenia, Santiago) y el soborno (denominado coima en Argentina) (Cecilia, Santiago).

Los entrevistados aseguran que las redes sociales (Facebook, Instagram, Twitter) son el medio principal por el que se informan de cuestiones relativas a la corrupción, aunque también mencionan

los medios tradicionales como la radio y la televisión. Sin embargo, destacan que la información relativa a la corrupción no es confiable. Por eso, utilizan las redes principalmente para recibir información de agencias y medios no relacionados con los grandes monopolios de la comunicación. Un entrevistado menciona:

No, en los medios hegemónicos... no sé si se dice hegemónicos... En los medios tipo TN, Clarín, etcétera... a menos que sea hablando de Cristina (Fernández), por lo general, no aparece... Sigo bastante lo que son periodistas independientes, gente que hace videos, va por los barrios y ahí se nombra bastante todo eso... más que nada militantes, agrupaciones políticas, artistas (Cecilia).

El entrevistado percibe que los grandes medios de comunicación mencionan la corrupción solo en relación con un único dirigente político, Cristina Fernández, expresidenta de Argentina.

Para otro entrevistado la palabra *corrupción*

normalmente se escucha muchísimo en los medios de comunicación sobre todo en los más hegemónicos... Siempre está presente esa palabra... Después, también si vos estás en Argentina normalmente vas a tener una charla de política... porque en Argentina se habla mucho de política... y vas a escuchar esa palabra, corrupción... (Eugenia).

Algunos entrevistados entienden que la sociedad reacciona frente a los casos de corrupción de manera diferente según la clase social del participante o su filiación política, incluso que se la justifica o no está tan mal vista. Por ejemplo, un entrevistado afirma: “En la sociedad, no solo en la corrupción, creo que en un montón de cosas que suceden hay ciertos sectores... a los que no se le cae con tanto peso o no está tan mal visto...” (Santiago).

Finalmente, para algunos entrevistados la cuestión de la corrupción navega ambiguamente entre un discurso, principalmente en los medios, en el que la corrupción es presentada como el único problema de Argentina y la negación de su existencia:

A la corrupción se le da un peso o un valor como que la corrupción es el problema fundamental de todo el país digamos, que todos los problemas son de la corrupción y que en realidad el problema es económico... eh... Todo, todo pasa por la corrupción y en realidad yo creo que no es así [...] Y también, por otra parte, yo creo que hay gente que como que sabe que hay corrupción y sin embargo como que lo niega... (Luis).

En esta línea, otra entrevistada menciona que uno de los diarios más leídos de nuestro país utiliza a la corrupción como forma de desprestigiar políticos: “Lo que yo te estoy diciendo es con un pensamiento político claro... O sea, yo a Clarín no le creo nada y creo que usa esa palabra para absolutamente todo y para bajar la credibilidad de cualquier político” (Elvira).

En resumen, las representaciones sociales sobre la corrupción de los jóvenes argentinos principalmente relacionan la corrupción con las instituciones del régimen democrático y el Estado de derecho. A través de “la coima”, el dinero y lo oculto. Asimismo, algunos entrevistados identifican que la corrupción en la Argentina actual es una herramienta de uso político para desprestigiar a personas con determinadas ideas políticas. A nivel social, la corrupción se percibe diferente (positiva o negativa) según la clase social del corrupto. Por otra parte, también se destaca que los jóvenes desconfían de los medios de comunicación tradicionales respecto de temas como la corrupción.

Frente a la frase “corrupción en Argentina” las palabras más mencionadas espontáneamente por los entrevistados son: “política”, “políticos”, “medios de comunicación”, “policía”, “gobierno”, “Macri”, “poder”, “dinero”, “empresas” e “instituciones”. En consonancia con las imágenes, los participantes asocian la corrupción con las instituciones fundamentales del régimen democrático, el dinero, el poder en general y el poder económico en particular. Cuando se les solicita que de esas palabras seleccionen dos, eligen “políticos” y “policía”.

Los entrevistados rusos construyen imágenes de la corrupción en las que se destacan elementos y situaciones similares a las de los argentinos, aunque también aparecen rasgos diferentes. En primer lugar, las imágenes de la corrupción están asociadas con la oscuridad, la suciedad, el dinero y el acto de intercambio (Iliá, Iván, Nicolás, León, Natalia). En segundo lugar, hay un elemento que se repite en varios entrevistados: la corrupción se representa con un hombre gordo, con uniforme de policía (Ludmila), con traje y rodeado de bienes (Alisa), con grandes mejillas (Antón) o comiendo y rodeado de personas que le traen más comida (Lidia). Así, la corrupción se relaciona con el género masculino (siempre imaginan hombres) y la idea de tener o consumir más de lo necesario.

Las palabras más mencionadas por los entrevistados rusos a la propuesta “corrupción en Rusia” son: “funcionario”, “poder”, “ladrón” y “dinero”. Y las dos que más eligen son “funcionarios” y “poder”. En este sentido, entre las ideas espontáneas sobre corrupción de los jóvenes rusos y argentinos se halla una interesante diferencia: los primeros, la relacionan con las instituciones públicas, mientras que, los segundos, con las instituciones democráticas y las fuerzas de seguridad.

Los análisis cualitativos de la corrupción permiten acceder a respuestas espontáneas mediante las que se la asocia con “perspectivas”, “oportunidades”, “libertad”, “seguridad” y “futuro”. En el día a día, la corrupción parece no tener los significados que se le atribuyen desde los organismos internacionales, la academia o los medios y puede significar que se cuenta con un recurso que da seguridad.

Finalmente, algunos de los resultados más interesantes de la investigación surgen al indagar cómo imaginan los entrevistados una sociedad sin corrupción.

Por parte de los argentinos, las respuestas pendulean entre “utópica”, “mejor” y “más igualitaria”. Por su parte, los rusos, en general, también imaginan una sociedad “mejor”. Sin embargo, dos respuestas destacan para pensar el problema. En un caso, se entiende que

una sociedad sin corrupción sería terrible porque la corrupción supone una forma de igualar oportunidades:

Terrible... porque no toda la gente puede vivir en base a reglas, simplemente, no todo se le da a todos... no todos tenemos las mismas posibilidades... Algunos viven por debajo de la línea de la pobreza y otros ganan mucho... pero, todos queremos vivir bien y la corrupción es una de las formas de igualarnos [...] Me parece que sería peor (León).

Y resume: “Ella ayuda, sin ella considero que una gran capa de la población viviría peor” (León). En otro caso, pareciera que la sociedad sin corrupción sería más caótica: “Creo que sería más caótica... Es un pensamiento bastante loco, pero creo que sí, es un poco triste” (Natalia). Estas expresiones también suponen que la corrupción brinda oportunidades y seguridad en un contexto de restricciones. Estos comentarios se asocian con la idea recurrente de que, dadas las condiciones presentes, la corrupción es una forma de resolver problemas. En palabras de un entrevistado:

Resuelve muchos problemas, por ejemplo, te agarraron... o no sé... te agarró la policía... y tú violaste la ley... hiciste algo mal, pero si tú tienes algo de plata en el bolsillo, algo que tú puedes entregar... para... para salvarte a ti mismo de un problema grande [...] y tú lo puedes pasar así por al lado... solo por dar algo de dinero a la persona que tiene el poder en ese momento para ayudarte o sacarte del problema (Olga).

Las acciones corruptas pueden tener motivaciones diferentes a la búsqueda de beneficios económicos. En este sentido, un entrevistado no califica de inmoral ni egoísta al “corrupto” dice: “Puede ser una buena persona, es decir, nosotros no sabemos qué objetivo tiene... o sea, puede usar la corrupción para ayudar a su madre” (León).

Conclusiones

Al hablar de la corrupción con los jóvenes participantes fuimos configurando definiciones, imágenes, formas de entender el mundo que nos rodea. Al analizar las respuestas, fuimos delineando las preocupaciones, los valores sociales y reglas formales e informales que subyacen a sus respuestas.

En este sentido, vislumbramos que las miradas de los jóvenes argentinos, sobre todo al contrastar con las de jóvenes de un país como Rusia, se encuentran profundamente permeadas por la visión hegemónica de la corrupción sobre la que llamamos la atención al principio de este trabajo. Sus definiciones de una forma u otra remiten a ella: el uso de una posición de poder para obtener beneficios perjudicando a otro. Por el contrario, los rusos tienden a asociar más lo corrupto con lo prohibido: básicamente, se trata de un intercambio ilícito para obtener un beneficio también ilícito. En otras palabras, es una desviación de la norma legal. Probablemente, esto se deba a que en Rusia existe una normativa que tipifica el delito de corrupción junto con las actividades que involucra y cuando se aborda la temática se lo hace a partir de esta definición.

A la hora de construir una imagen de la corrupción que la haga comprensible para terceras personas, los argentinos recurren a figuras como el presidente, el Congreso, los políticos, la política e incluso uno de los tradicionales pilares de la democracia: los medios de comunicación. En el caso de los rusos, en cambio, aluden más a la burocracia estatal y las instituciones estatales. Los contextos administrativos vinculados con la corrupción difieren, pues para los jóvenes rusos aparece en organizaciones que frecuentan en su día a día, mientras que para los argentinos se halla en instituciones más alejadas, pero que están en la base del sistema democrático. Así, la cuestión de la corrupción o, mejor dicho, de la retórica anticorrupción global contribuye a erosionar valores y reglas del juego que

creíamos fuertemente arraigados en la sociedad argentina desde el fin de la dictadura militar en 1983.

En contraposición, algunos entrevistados argentinos destacan el uso de las acusaciones de corrupción en tanto herramienta de desprestigio tanto hacia los adversarios político-ideológicos como hacia la actividad política. Para otros, la condena social es selectiva y cambia según la clase social o el partido político del corrupto.

En ambos grupos de jóvenes, la vinculación entre soborno y corrupción es muy fuerte, en línea con la mirada hegemónica que asocia esta última específicamente con la función pública y el desvío de fondos de los circuitos legales. No obstante, la entrega de regalos a profesionales de la salud, que es una práctica muy común y de larga data en Rusia, genera posiciones ambiguas entre los entrevistados, probablemente, porque la influencia de valores que son más bien de carácter occidental y que van en consonancia con la visión anticorrupción global colisiona con prácticas informales que desde siempre realizan sus abuelas y madres.

A contrapelo de la lógica universalista de las definiciones de corrupción en las que la búsqueda del beneficio material es la única motivación, los participantes de los dos países consideran que para catalogar una acción como corrupta es necesario analizar caso por caso. Así, las acciones no son corruptas de por sí, sino que dependen de diversos factores como el contexto, la situación o las intenciones en el caso de los rusos, y de las necesidades en el de los argentinos. Así, reconocen múltiples motivaciones y no solo la maximización de los beneficios.

Finalmente, resultan destacables algunos resultados inesperados que contribuyen a revalorizar la utilidad de los análisis cualitativos de corrupción, muchas veces vilipendiados por los estudios comparativos más proclives a utilizar metodologías cuantitativas. En el caso argentino, se subraya la conexión que establecen entre sistema capitalista y corrupción, ya sea porque estimula el consumo y el poder, y la corrupción es un recurso para alcanzarlos, o porque es intrínsecamente corrupto. Por su parte, entre los jóvenes

rusos tres ideas merecen especial atención y despiertan el interés analítico futuro: la corrupción, además de todo lo que habitualmente se dice, también es una forma de igualar oportunidades en un contexto de restricciones. Esta perspectiva se conecta con la percepción de que la corrupción, independientemente de la valoración positiva o negativa que se haga de ella, es un recurso para resolver problemas de la vida cotidiana, cuya ausencia vislumbra una sociedad más caótica y desordenada que la actual.

Y acerca de nuestro punto de partida una primera conclusión provisoria indica que la consolidación de la marea global anticorrupción con sus múltiples componentes (académicos, mediáticos, políticos, institucionales) y el deterioro de la democracia, particularmente en América Latina, se encuentran indefectiblemente entrelazados. En este sentido, sería interesante que también el mundo académico se plantee en qué medida contribuye a erosionar valores relacionados con el Estado de derecho y la democracia en su “propia” lucha contra la corrupción, cuando aparecen publicaciones sobre la corrupción en Brasil, entre otros países del continente, en cuyo prefacio se les agradece al juez Moro y su familia por la cariñosa bienvenida (Rotberg, 2019), al tiempo que se afirma:

Podemos concluir sin demasiado temor a equivocarnos que los líderes y operadores políticos latinoamericanos son corruptos, aunque no podamos saber con exactitud cuán ricos se han hecho muchos de sus dirigentes políticos y empresariales, ni precisamente cuántos millones de dólares han sido saqueados por una administración atrás de otra (Rotberg, 2019, p. 6).

También, cuando se utilizan fuentes de dudosa procedencia y validez judicial como los “cuadernos de Centeno” para develar ciclos de corrupción (Figueroa, 2020) o se cuenta la cantidad de afiliados al Partido Comunista en las décadas del setenta y ochenta en las diferentes regiones de la URSS para concluir dónde actualmente más gente es propensa a pagar sobornos o cuáles son las regiones más corruptas de Rusia (Obydenkova y Libman, 2015).

A veces parece que se establecen relaciones forzadas, en el mejor de los casos, intentando ser original al abordar un tema muy estudiado, cuando no se trata directamente de posicionamientos políticos, pues en este contexto de “avanzada global contra la corrupción” todo fenómeno social para ser visto como “negativo” por la opinión pública necesariamente tiene que estar asociado a lo corrupto. Aquí con algo de temor y tristeza, apelando a fuentes y objetivos más modestos, dejamos constancia de que ese poderoso discurso global parece estar calando profundo en la percepción que tienen los jóvenes sobre el sistema democrático, donde en la supuesta lucha contra la corrupción todo vale porque es la principal causa de que nuestras sociedades no se vean tan desarrolladas y ordenadas como las que aparecen en el podio de la transparencia mundial.

Bibliografía

Ades, Alberto y Di Tella, Rafael (1997). The new economics of corruption: A survey and some new results. *Political Studies*, 45(3), 496-515.

Alzola, Miguel (2004). Corrupción y gobernabilidad global: La moralidad de la cruzada anticorrupción. Disponible en: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/2024>

Banco Mundial (19 de febrero de 2020). Datos básicos: La lucha contra la corrupción. *Grupo Banco Mundial*. <https://www.bancomundial.org/es/news/factsheet/2020/02/19/anticorruption-fact-sheet>

Becker, Gary y Stigler, George (1974). Law enforcement, malfeasance, and compensation of enforcers. *The Journal of Legal Studies*, 3(1), 1-18.

Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bukovansky, Mlada (2006). The hollowness of anti-corruption discourse. *Review of International Political Economy*, 13(2), 181-209. <https://doi.org/10.1080/09692290600625413>

De Maria, Bill (2008). Neo-colonialism through measurement: A critique of the corruption perception index. *Critical perspectives on international business*, 4(2-3), 184-202.

Dimant, Eugen y Schulte, Thorben (2013). The Nature of Corruption: An Interdisciplinary Perspective. *German Law Journal*, 17(1), 54-72.

Figueroa, Valentín (2020). Political Corruption Cycles: High-Frequency Evidence from Argentina's Notebooks Scandal. *Comparative Political Studies*, 54(3-4), 1-36.

Galtung, Fredrik (2006). Measuring the Immeasurable: Boundaries and Functions of (Macro) Corruption Indices. En Charles Sampford (ed.), *Measuring Corruption*. Londres: Ashgate Publishing Company.

Gray, Cheryl y Kaufmann, Daniel (1998). Corruption and Development. *Finance & Development*, 35(001). <https://doi.org/10.5089/9781451953220.022.A003>

Heywood, Paul (2015). Measuring Corruption: Perspectives, critiques, and limits. En Paul Heywood (ed.), *Routledge handbook of political corruption* (pp. 137-153). Londres: Routledge.

Hotchkiss, Carolyn (1998). The Sleeping Dog Stirs: New Signs of Life in Efforts to End Corruption in International Business.

Journal of Public Policy & Marketing, 17(1), 108-115. <https://doi.org/10.1177/074391569801700111>

Kaufmann, Daniel (1997). Corruption: The Facts. *Foreign Policy*, (107), 114-131. <https://doi.org/10.2307/1149337>

Knack, Stephen (2007). Measuring Corruption: A Critique of Indicators in Eastern Europe and Central Asia. *Journal of Public Policy*, 27(3), 255-291.

Ko, Kilkon y Samajdar, Ananya (2010). Evaluation of international corruption indexes: Should we believe them or not? *The Social Science Journal*, 47(3), 508-540.

Ledeneva, Alena (2013). A critique of the global corruption “paradigm”. En Jan Kubik y Amy Linch (eds.), *Postcommunism from Within Social Justice, Mobilization, and Hegemony* (pp. 297-332). Nueva York: New York University Press.

Ley 273 de 2008. Sobre la lucha contra la corrupción. 19 de diciembre de 2008. https://www.consultant.ru/document/cons_doc_LAW_82959/

Mauro, Paolo (1995). Corruption and Growth. *The Quarterly Journal of Economics*, 110(3), 681-712.

Mauro, Paolo (2004). The Persistence of Corruption and Slow Economic Growth. *IMF Staff Papers*, 51(1), 1-24.

Nieto, Nubia (2017). Enfoques y consecuencias de la corrupción. *Iberoamérica*, (4), 63-84.

Obydenkova, Anastassia y Libman, Alexander (2015). Understanding the survival of post-communist corruption in contemporary Russia: The influence of historical legacies. *Post-Soviet Affairs*, 31(4), 304-338.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico [OECD] (22 de mayo de 2019). Directrices en materia de lucha contra la corrupción e integridad en las empresas públicas. https://www.oecd.org/es/publications/directrices-en-materia-de-lucha-contra-la-corrupcion-e-integridad-en-las-empresas-publicas_26068e42-es.html

Rose-Ackerman, Susan (1975). The economics of corruption. *Journal of public economics*, 4(2), 187-203.

Rose-Ackerman, Susan y Palifka, Bonnie J. (2016). *Corruption and government: Causes, consequences, and reform*. Cambridge: Cambridge University Press.

Rose-Sender, Sarah K. y Goodwin, Morag (2010). Linking corruption and human rights: An unwelcome addition to the development discourse. En Martine Boersma, Han Nelen (eds.), *Corruption & Human Rights: Interdisciplinary Perspectives* (pp. 221-239). Amsterdam: Intersentia.

Rotberg, Robert I. (ed.) (2019). *Corruption in Latin America: How Politicians and Corporations Steal from Citizens*. Nueva York: Springer International Publishing. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-94057-1>

Sampson, Steven (2010). The anti-corruption industry: From movement to institution. *Global Crime*, 11(2), 261-278. <https://doi.org/10.1080/17440571003669258>

Shleifer, Andrei y Vishny, Robert (1993). Corruption. *The quarterly journal of economics*, 108(3), 599-617.

Swain, Adam et al. (2010). The corruption industry and transition: Neoliberalising post-soviet space. En Kean Birch y Vlad Mykhnenko (eds.), *The Rise and Fall of Neoliberalism: The Collapse of an Economic Order?* (pp. 112-132). Londres: Zed Books.

Tanzi, Vito (1998). Corruption Around the World: Causes, Consequences, Scope, and Cres. *Staff Papers*, 45(4), 559-594. <https://doi.org/10.2307/3867585>

Tanzi, Vito y Davoodi, Hamid (1998). Corruption, public investment, and growth. En Hirofumi Shibata y Toshihiro Ihori (eds.), *The Welfare State, Public Investment and Growth* (pp. 41-60). Tokio: Springer Japan.

Transparencia Internacional [TI] (2014). *Guía de lenguaje claro sobre la lucha contra la corrupción*. <https://transparencia.org.es/wp-content/uploads/2014/10/Gu%C3%ADa-de-lenguaje-claro-sobre-lucha-contra-la-corrupci%C3%B3n.pdf>

Transparencia Internacional [TI] (2017). *Los diez principios de las empresas públicas para combatir la corrupción*. https://transparencia.org.es/wp-content/uploads/2017/12/10_principios_antico-rupcion.pdf

Transparencia Internacional [TI] (31 de enero de 2023). El índice de percepción de la corrupción 2022 revela escasos avances contra la corrupción en un contexto mundial cada vez más violento. <https://www.transparency.org/es/press/2022-corruption-perceptions-index-reveals-scant-progress-against-corruption-as-world-becomes-more-violent>

Zaloznaya, Marina (2013). Beyond Anti-Corruptionism: Sociological Imagination and Comparative Study of Corruption. *Comparative Sociology*, 12(5), 705-751.